Alma Norel

Cuentos para Imaginar

¿Por qué los osos tienen la cola corta?

Un cuento popular sobre trampas, confianza y amistad



Alma Norel

Cuentos para Imaginar

¿Por qué los osos tienen la cola corta?

Un cuento popular sobre trampas, confianza y amistad

© 2026 Alma Norel. Todos los derechos reservados.
¿Por qué los osos tienen la cola corta? Un cuento popular sobre trampas, confianza y amistad.
Adaptación de un cuento popular.
Colección Cuentos para Imaginar. Cuentos con algo más.
Texto e ilustraciones: Alma Norel.
Publicado de forma independiente.



Este libro es de:



Érase una vez, en un bosque muy antiguo, una zorra.

No era una zorra cualquiera. Tenía el estómago vacío casi siempre... y unas ideas bastante particulares sobre cómo llenarlo.

Aquella noche había buscado comida por todas partes: bajo los helechos, entre las raíces y hasta en una madriguera que olía a polvo. Nada. Ni una baya decente. Ni un huevo olvidado. Nada de nada.

Al amanecer se tumbó bajo un arbusto, con el hocico sobre las patas y una cara de «esto no puede ser».

Entonces olió pescado.

Levantó la cabeza. Por el camino se acercaba un carro tirado por dos bueyes. Iba cargado de peces que brillaban como si se rieran de ella.

La zorra miró el carro. Miró al campesino. Y sonrió (solo un poquito, para que no se notara).



¡Te toca!
Juego de la estatua: quédate muy, muy quieto mientras un adulto cuenta hasta cinco. ¡Ni un bigote!

—Veamos si sé quedarme muy, muy quieta —murmuró.

Salió al camino y se tumbó en medio, con las patas estiradas y los ojos cerrados. Ni un bigote se movió. Parecía la zorra más muerta del bosque.

—¡So! —dijo el campesino, y los bueyes se detuvieron.

El hombre se acercó, la miró por un lado y por el otro, y dijo lo que la zorra esperaba oír:

—Parece muerta. ¡Y qué pelaje tan bonito! Me la llevaré en el carro.

La levantó y la dejó encima del pescado, como si fuera un cojín muy caro. Luego siguió caminando tan tranquilo.

¡Te toca!
Da una palmada con cada «¡Plof!».
Cuenta los peces que caen. ¿Alguien se ha dado cuenta?

La zorra abrió un ojo. Después el otro. Y pensó: «Pues esto va mejor de lo que esperaba».

Con las patas traseras empezó a empujar peces hacia el borde del carro.

¡Plof!

¡Plof!

¡Plof!

El campesino miraba el camino. Los bueyes miraban el camino. Nadie miraba hacia atrás. Perfecto.





Cuando ya había suficiente, la zorra saltó al suelo, recogió su botín y se fue a su madriguera muy satisfecha. Por fin iba a desayunar como una reina.

Un momento para colorear





Apenas había dado el primer bocado cuando apareció el oso.

—¡Buenos días, comadre! —saludó con voz de estómago vacío—. ¡Qué bien huele eso! ¿Compartes un poco conmigo?

La zorra puso una pata encima de los peces, como quien protege un tesoro.

—¿Compartir? Me ha costado lo mío conseguirlo.

El oso se rascó la cabeza.

—Entonces... ¿me enseñas a pescar?

La zorra lo miró con esa sonrisa que solo tienen las zorras cuando ya han pensado tres pasos por delante.

—Por supuesto, compadre. Esta noche ve a la laguna. Mete la cola en el agua y espera sin moverte hasta el amanecer. Luego tira con todas tus fuerzas. Sacarás tantos peces que no sabrás dónde ponerlos.

—¿Solo tengo que esperar?

—Eso es lo más importante —respondió ella con toda la inocencia del mundo.

El oso se fue muy ilusionado. Metió la cola en el agua y se sentó a esperar, tan confiado como una tostada.

Un momento para colorear



¡Te toca!
Adivina: ¿qué crees que le pasará a la cola del oso?

El viento se volvió frío. La laguna empezó a helarse. Y la cola del oso, poco a poco, se quedó atrapada.

—Qué raro —pensó—. Cada vez pesa más. ¡Deben de ser montones de peces!

¡Te toca!
Tira de una cuerda imaginaria, cada vez más fuerte... y grita: «¡Crac!».

Al amanecer tiró. No pasó nada. Tiró más fuerte. Tampoco.

Entonces reunió todas sus fuerzas y dio un tirón enorme.

¡Crac!

Salió de la laguna... pero su larga y bonita cola se había quedado en el hielo. Ahora tenía una cola cortita.

Le dolía. Y le dolía todavía más acordarse de la sonrisa de la zorra.

—¡Me ha engañado! —rugió.

Fue corriendo hasta la madriguera, pero la zorra ya estaba escondida en el hueco de un árbol.



—¡Sal! ¡Quiero hablar contigo!

La zorra asomó solo el hocico y preguntó, muy educada:

—¿Y los peces? ¿No te cupieron todos?



El oso no estaba de humor para bromas. Metió la zarpa en el hueco y agarró a la zorra por una pata.

—¡Ja, ja! —se rio ella—. ¡Eso es una raíz, grandullón!

El oso la soltó y agarró otra cosa. Esta vez sí era una raíz.

—¡Ay, ay, ay, mi patita! —chilló la zorra, haciéndose la dolorida.

Y el oso tiró y tiró de aquella raíz, mientras la zorra se tapaba la boca para no reírse.

Al final el oso, cansado, dolorido y con la cola mucho más corta, se fue gruñendo.

La zorra esperó a que se alejara y, entonces sí, sonrió de verdad.

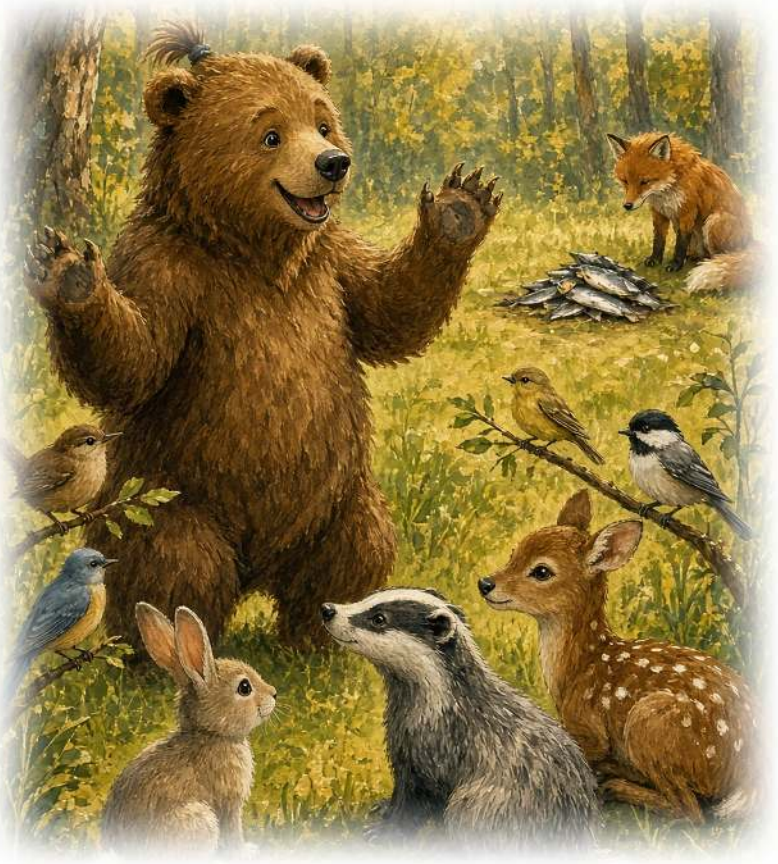
Pero la sonrisa le duró poco. El oso contó a todo el bosque lo que había pasado, y desde entonces nadie volvió a creerse los consejos de la zorra. Ni uno.

Dicen que desde aquel día los osos tienen la cola corta. Y que, cuando ven una laguna helada, primero miran el agua... y después se lo piensan muy, muy bien.



Moraleja

Engañar a quien confía en ti no es ser listo: es hacer trampa. Un buen amigo dice la verdad y echa una mano... aunque luego tenga que compartir sus peces.



¿Sabías que...?

Los osos de verdad tienen la cola muy cortita. La del oso pardo mide, como mucho, un palmo, ¡y casi no se ve entre tanto pelo!



El cuento sigue contigo

- ¿Qué te ha hecho más gracia: la zorra haciéndose la muerta o el oso «confiado como una tostada»?
- ¿Estuvo bien lo que hizo la zorra? ¿Qué podría haberle dicho si de verdad hubiera querido ayudarlo?
- Si un amigo te pide ayuda, ¿cómo le ayudarías tú?



Tu moraleja: dibújala o cuéntala

Si la cuentas, un adulto puede escribirla aquí: